

INJERTO CLASICO EN TRONCO BARBARO

La caída de Roma

«¡Quién había de creer que Roma, la levantada sobre las victorias de todo el mundo, había de caer, y la que fué madre de pueblos había de ser también su sepulcro!»¹.

Así exclamaba S. Jerónimo en las soledades de Belén al recibir la terrible noticia de la caída de Roma.

«*Capitur Urbs, quae totum cepit orbem*».

¡Han tomado la ciuda que tomó todo el orbe!².

«Todas las costas del Oriente, de Egipto y del Africa —ayer de la dominadora del mundo— se ven hoy llenas de romanos que huyen como esclavos, hombres y mujeres. ¡Cuántos llegan cada día a esta Santa Belén, que ayer eran nobles y nadaban en la abundancia y hoy vienen mendigos, hombres y mujeres! Y ya que no podemos remediar su desgracia, los acompañamos en su dolor y en sus lágrimas. Imposible no llorar al ver cómo vienen. Yo he interrumpido los Comentarios de Ezequiel y casi todos mis estudios. Estamos en tiempos en que hay que convertir en obras las palabras de la Escritura, y no decir cosas buenas, sino hacerlas»³.

«Había terminado —dice en otra ocasión— los dieciocho tomos de comentarios sobre el profeta Isaías, y me preparaba ya a empezar con Ezequiel, para dar —como se dice— la última mano a mi obra sobre los profetas, cuando de repente me comunican la noticia del sitio de Roma y de la muerte de Pammaquio, Marcela, y de otros muchos hermanos y hermanas. *Atque ita consternatus stupui...*

¹ Introducción al Coment. de Ezequiel, c. III.

² Ad Principium, Marcellae viduae Epitaphium.

³ Introducción al Coment. de Ezequiel, c. III.

Fué tal mi impresión, mi consternación, que quedé como fuera de mí. De día y de noche no podía pensar más que en la salvación de tantos infelices. Me consideraba cautivo con mis hermanos cautivos. No podía desplegar mis labios hasta no recibir noticias más ciertas. Y luchando entre la desesperación y la esperanza, me atormentaba con los dolores ajenos.

«Pero cuando llegó definitivamente la noticia de que se había extinguido la brillante luz que iluminaba al mundo, que se había decapitado al Imperio Romano, o para decirlo mejor, que en una sola urbe había perecido el orbe entero —*in una urbe totus orbis interiit*— quedé como mudo, me humillé, *et dolor meus renovatus est*, y sentí recrudecerse de nuevo todo mi dolor» ⁴.

Visión del mundo invadido

«*Si Roma perit, quid salvum est!* Si Roma perece, ¿qué quedará en pie?» ⁵. «Horroriza el ánimo narrar las ruinas de nuestros tiempos. Veinte años y más hace ya que entre Constantinopla y los Alpes corre todos los días sangre romana. La Escitia, Tracia, Macedonia, Dardania, Dacia, Tesalónica, Acaya, Epiro, Dalmacia, toda la Pannonia se ven devastadas, saqueadas, robadas por Godos, Sármatas, Cuadros, Alanos, Hunos, Vándalos y Marcomanos. ¡Cuántas matronas, cuántas vírgenes de Cristo han sido el ludibrio de esas fieras! Apresados los obispos, muertos los sacerdotes, destruidas o convertidas en cuadras las iglesias, desenterrados los mártires. Por todas partes llanto, por todas partes gemido y sombras de muerte. *Romanus orbis ruit!*... ¡El mundo romano se derrumba! Y todavía no abajamos altivos la cabeza. ¿Qué sentimientos crees que serán ahora los de los Corintios, Atenienses, Lacedemonios, Arcadios y los de toda la Grecia, bajo el yugo de los bárbaros? Y no he nombrado más que unos pocos pueblos, que fueron un tiempo reinos nada despreciables. El oriente, que parecía inmune, sólo con las noticias quedó consternado. Mas he aquí que el año pasado de las últimas montañas del Caúcaso descendieron sobre nosotros los lobos del norte, y en un instante invadieron tantas provincias. ¡Cuántos

⁴ Introducción al Comentario de Ezequiel, c. I.

⁵ *Ad Gerontiam*.

monasterios cogidos! ¡Cuántos ríos trocaron en sangre sus aguas! Sitiada Antioquía, sitiadas todas las ciudades que bañan el Halis, el Cydno, el Orontes y el Eufrates. Los cautivos formaban verdaderos rebaños. Arabia, Fenicia, Palestina, Egipto cautivas del temor. Aunque tuviera cien lenguas y cien bocas y voz de hierro, no podría siquiera enumerar los males!... ¡Nuestros pecados hacen fuertes a los bárbaros! ¡Por nuestros vicios es vencido el ejército romano! ¡Qué vergüenza! El ejército romano, el vencedor, el señor del mundo vencido, amedrentado!...»

Esto en Oriente. ¿Y en Occidente? «Naciones pobladísimas y feroces han ocupado todas las Galias. Cuanto cae entre los Alpes, el Pirineo, el Océano y el Rhin, lo ha devastado el Cuadro, el Vándalo, el Sárмата, los Alanos, los Hérulos, los Sajones, los Burgundios, los Alemanes, y —oh desdichada república— los Panonios rebelados. Es que Ásur viene con ellos. Maguncia, una ciudad en otro tiempo tan hermosa, ha sido tomada y destruída, muchos millares de personas han sido acuchilladas en la iglesia. Worms ha perecido tras largo asedio. En Reims no hay sino putrefacción; Amiens, Arrás, el territorio de los Morinos, Nantes, Estrasburgo, Aquitania, Lyon, Narbona, todo está devastado; lo que estaba fuera de las ciudades lo devoró la espada, lo que estaba dentro lo aniquiló el hambre. No puedo sin lágrimas hacer mención de Tolosa, que si todavía no ha sucumbido, se lo debe a su santo Obispo Exuperio. Las mismas Españas, próximas ya a la ruina, tiemblan todos los días recordando la irrupción de los Cimberios, y lo que los demás sufrieron una vez, ellos lo están sufriendo siempre por el temor. *Caetera taceo, ne videar de Dei clementia desperare*, callo lo demás por no parecer que desconfío de la misericordia del Señor»⁶.

Y termina San Jerónimo tan trágica enumeración con estas impresionantes palabras: «¡Oh si pudiésemos subir a una atalaya desde donde viésemos a nuestros pies toda la tierra! Allí te mostraría las ruinas de todo el orbe, estrellándose pueblos contra pueblos y reinos contra reinos»⁷.

⁶ *Ad Gerontiam.*

⁷ *Ad Heliodorum Epitaphium Nepotiani.*

Ne videar de Dei clementia desperare! Verdaderamente que hace falta la fe de un S. León Magno para presentarse ante Atila y pedirle que detenga su marcha hacia Roma. Las estrellas caen, la tierra tiembla, yo soy el martillo del mundo, y donde pone mi caballo los pies no vuelve a salir la hierba ⁸. «Como un león que no conoce miedo ni tardanza —escribe un autor contemporáneo— se presentó León Magno cerca de Mantua al rey de los hunos y movió al vencedor a volverse. «Qué dijo aquel Santo indefenso al azote de la Humanidad, no se nos ha transmitido; un contemporáneo dice solamente «que se abandonó al auxilio divino, que nunca falta a los esfuerzos de los justos, y que el éxito coronó su fe» ⁹.

En esta solemne entrevista está simbolizada toda la nueva historia futura a la cual se abría el mundo. S. León Magno es la Iglesia, único poder que sobrevive en Occidente. Atila son los bárbaros que hacen por fin caso a la Iglesia y dan origen a las jóvenes nacionalidades cristianas, que brotan como tiernos retoños del tronco carcomido del Imperio Romano. Pero hacía falta toda la fe del Cristianismo para no ceder a los terrores del momento. «*Romanum reparate decus*, decía Claudiano, reparad el honor romano, *molemque labentis Imperii fulcite humeris*, y sostened con vuestros hombros la mole del Imperio que se derrumba». Esto iba a hacer la Iglesia: sostener con sus hombros el edificio de la civilización antigua para que no se derrumbase, para que los nuevos reinos bárbaros se civilizasen... hasta transformarse un día en la civilizada Europa.

Porque el fin de Roma, contra lo que vulgarmente se creía, no había de traer consigo el fin del mundo. Cristianos y paganos presentían la catástrofe, y un mismo terror les invadía, ignorantes los cristianos de que el golpe que les amenazaba aseguraría de una manera irrevocable el triunfo de su fe ¹⁰.

San Agustín hablando de los fieles decía: «*Mundo declinante in extrema, aeternam civitatis caelestis felicitatem expectant*, acercándose ya el fin del mundo, los fieles esperan la eterna felicidad de la ciudad celestial». Y un siglo antes había escrito Lactancio en tono profético: ¡Quién dudará que cuando la capital del mundo perezca,

⁸ Cfr. CANTÚ, *Historia Universal*, t. 2, c. XV. Los Hunos.

⁹ Cfr. WEISS, *Historia Universal*. vol. IV, p. 328.

¹⁰ Tomo II, pág. 6.

como debe suceder según las predicciones de las Sibilas, habrán de sucumbir todas las cosas de la tierra? En efecto, esta ciudad aun hoy lo sostiene todo. Roguemos, supliquemos al Señor del cielo, si es que sus decretos pueden ser suspendidos, a fin de que el tirano abominable que debe cometer este espantoso delito y extinguir la luz cuya falta producirá la ruina del mundo, no logre su objeto antes de lo que pensamos» ¹¹.

El plan de Dios sobre Roma

Pero el plan de Dios era más alto. Doce siglos de existencia y siete de señorío universal había llevado a los ánimos la persuasión de que el mundo no podía existir sin Roma. Y sin embargo no era así. En el plan de la Providencia Roma tenía su misión, misión grande, sublime, y esa estaba ya cumplida. Roma podía desaparecer para dar lugar al nuevo estado de cosas. ¿Cuál era la misión de Roma? Nadie la ha expresado mejor que nuestro gran poeta Prudencio, el Horacio Cristiano.

¿Quieres saber —le dice al senador pagano Símaco que se apoyaba en los triunfos de Roma para abogar por la religión de los paganos— «¿quieres saber, Romano, qué causa ha ensalzado tanto tus trabajos? ¿quién te ha dado las riendas del mundo?— Queriendo Dios asociar los pueblos de distintas lenguas y unificar los reinos de diferentes cultos, determinó someterlos a un solo imperio *quo corda hominum coniuncta teneret religionis amor*, para unir los corazones de los hombres por el amor de una misma religión. Porque no puede darse unión digna de Cristo, si no une a todos los pueblos reunidos un mismo ideal y pensamiento. Sólo la concordia conoce a Dios, sólo la paz le adora debidamente como padre, la tranquila armonía de todo el género humano favorece su venida al mundo. La sedición le ahuyenta, le irritan las crueles armas. En cambio la bondad le atrae y le retiene la piedad serena.

«Pues bien, en todas las tierras que cerca por occidente el Océano e ilumina por oriente la rosada aurora, agitaba enfurecida Belona a todos los mortales, y armaba sus feroces diestras para mutuas heridas. Para contener furor tan grande, *undique gentes inclinare*

¹¹ *Ins. divin.*, l. VII, p. 25.

caput docuit, sub legibus iisdem, Romanosque omnes fieri, enseñó a todas las gentes a inclinar la cabeza y aceptando unas mismas leyes hacerse Romanos todos los que baña el Rhin y el Danubio, los que riega el aurífero Tajo y el grande Ebro y el de las siete bocas templado Nilo. *Ius fecit commune pares*, un derecho común nos hizo iguales, *et nomine eodem nexuit*, y nos unió con el mismo nombre, *et domitos fraterna in vincla redegit*, y sometidos nos ató con lazos de hermandad.

«Se vive en todas partes como si estuviéramos dentro de los muros de nuestra propia ciudad, como si todos fuéramos compatriotas, hijos de una misma patria, *cives congenitos concludat moenibus unus urbs patria*, como si todos fuésemos hijos de unos mismos lares, los lares de nuestros abuelos. Comarcas separadas por las distancias, costas apartadas por los mares acuden ahora por justicia a un mismo y universal foro, se encuentran en los mismos grandes centros atraídos por el comercio y las artes, celebran alianzas y se unen por medio de matrimonios, *nam sanguine mixto textur alternis ex gentibus una propago*. Así la sangre de unos y otros se mezcla, y de tantas naciones se ha formado un nuevo pueblo.

«*Hoc actum est tantis successibus atque triumphis Romani imperii*, eso han conseguido tantos éxitos y triunfos del imperio romano. *Christo iam tunc venienti, crede, parata via est*, créeme, ya está preparado el camino para Cristo que viene, que es el camino de la hermandad del mundo, elaborada tiempo ha bajo la tutela de Roma, *quam dudum publicae nostrae pacis amicitia struxit modamine Romae*. ¿Porque qué lugar hubiera podido haber para Dios en un mundo feroz y salvaje, de pechos discordes, de intereses y leyes distintas como estaba entonces? En corazones de sentimientos tan descompuestos, en almas tan opuestas y desunidas, no penetra la doctrina pura, ni entra Dios. Pero si la razón ocupa el señorío del hombre, y refrena los instintos de lucha y de rebeldía, y somete las pasiones al dominio de una idea, entonces hay garantías de estabilidad en la vida, la verdad abre a Dios el corazón, *et domino subjungitur uno*, y el hombre se somete a un solo señor. *En ades, omnipotens*, Ven ya, oh omnipotente, *concordibus influe terris*, deja sentir tu influencia en las tierras concordes, *Iam mundus te, Christe, ca-*

pit, Oh Cristo, el mundo ya te recibe, *quem congrege nexu Pax et Roma tenent*, el mundo que han hecho uno Roma y la Paz...»¹²

«Dios, dice S. Agustín, da los imperios de la tierra a los buenos y a los malos. Y esto no al caso y sin más ni más, sino con sus fines, que aunque ocultos para nosotros, son conocidísimos para él. ¿Qué causa pudo tener Dios, prosigue, para querer que el imperio romano se dilatase tanto en el tiempo y en el espacio? La unificación y pacificación del orbe»¹³.

«Había llegado la plenitud de los tiempos, dice también el gran pontífice S. León Magno, y la hora predestinada en que el Verbo hecho carne iba a unir su naturaleza Divina con la humana, descendiendo él a lo ínfimo, para que subiésemos nosotros a lo más excelso. Mas para que el efecto de esta gracia inenarrable se difundiera por el mundo entero, preparó la Divina Providencia el reinado de Roma, cuyo engrandecimiento llegó a tales límites, que en su unidad estaban como vecinas y contiguas todas las gentes de la tierra. Porque para la obra Divina convenía en gran manera que muchos reinos estuviesen confederados en un solo imperio, para que rápidamente pudiese recorrer la universal predicación del Evangelio a todos los pueblos, una vez que se hallasen bajo el régimen de una sola ciudad»¹⁴.

¡Grandiosa idea, sublime filosofía de la historia! —escribe elegantemente el P. Espinosa—. A la tierra venía el Redentor anhelado, para traerle la paz, como cantaron los ángeles en su nacimiento: *et in terra pax hominibus bonae voluntatis*. Y para que el mundo estuviese en estado de recibir esta paz divina, para que en sus revueltos torbellinos no aventase esa semillita del cielo, alguna mano había de preparar el campo y abrir en él la dócil rectitud de los surcos. Esta mano fué la férrea diestra de la dominación de Roma: *et imperat arvis!*¹⁵. Por algo ya en las Geórgicas se llamaba «imperio» la labor del labriego. Y una vez abiertos los pacíficos surcos, Roma los había de custodiar, rigiendo en imperio a los pueblos, y enseñándoles, aunque fuera por coacción, a vivir en brazos de la paz

¹² Prudencio, contra Symmachum, II, 610, etc.

¹³ *Ciudad de Dios* l. IV, c. 33 y l. V, c. 1.

¹⁴ *Sermo primus in Natali Apost. Petri et Pauli*, 82, 2.

¹⁵ *Aen.* VI, 851.

—*pacique imponere morem*— para que en esa paz, por decirlo así, preparatoria, pudiese empezar y arraigar el reinado sin fin del que se hizo llamar por su profeta «príncipe de paz» *princeps pacis*»¹⁶.

La invasión de los bárbaros

Pero después de sembrar la semilla los labradores la cubren con tierra, y eso hizo también la Providencia con la invasión de los bárbaros. Parecía que iban a ahogar la semilla, pero eso fué precisamente lo que la hizo germinar y crecer. «*Quae cum gremio mollito ac subacto sparsum semen exceptit, primum id obcaecatum cohibet, deinde tepefactum vapore et compressu suo diffindit, et elicit herbescentem ex eo viriditatem, quae nixa fibris stirpium sensim adulescit...* La tierra recibe en su seno mullido y labrado la semilla esparcida, y primero la conserva oculta, luego entibiada con la humedad y la presión la hiende y la hace producir una hierba verde, que apoyada en las fibras de la raíz, va poco a poco creciendo»¹⁷.

Gremio mollito ac subacto...! Aunque parezca que no, el mundo bárbaro que invadió a Europa y al mundo, era ya tierra mullida y labrada. Cinco siglos de contacto con la civilización del imperio, a todo lo largo de sus fronteras, más aún, varios siglos de convivencia romana como súbditos y aun como soldados, les había limado no poco la aspereza de su salvajismo y les había hecho conocer y estimar el Imperio mismo que derruían. Desde la invasión de los Cimbrios y Teutones, el año 100 antes de Jesucristo, que lo llevaban todo a sangre y fuego hasta la toma de Roma por Alarico el siglo v después de Jesucristo, cuántas ideas de civilización y de cultura se habían repasado del mundo romano al mundo bárbaro.

Cinco siglos antes de la invasión, se encontró César en las llanuras de las Galias con un caudillo de los bárbaros. Era Ariovisto. Que aprovechando las disensiones de los Galos y llamado por una de las facciones, se había apoderado ya de gran parte de las Galias. «Dentro de pocos años —decían los jefes galos lamentándose a Cé-

¹⁶ AURELIO ESPINOSA POLIT, S. J.—*Virgilio. El Poeta y su Misión Providencial*, Quito, 1932, p. 343.

¹⁷ CICERO, *De Senectute*, 51.

sar— seremos expulsados de todos los confines de las Galias y todos Germanos pasarán el Rhin» —«*atque omnes Germani Rhenum transirent*»¹⁸. «Por eso pedían a César que defendiese toda la Galia de la opresión de Ariovisto».

César manda legados a Ariovisto pidiéndole una entrevista. El germano le responde que no ve que César ni el pueblo Romano tengan que hacer nada en la Galia conquistada por sus armas»¹⁹. César insiste: «Ya que el Pueblo Romano le ha distinguido con tan grande beneficio, que siendo él cónsul le llamó el senado rey y amigo, le mostrase a él y al pueblo Romano la gratitud en aceptar aquella entrevista a que le invitaba»²⁰.

Ariovisto le contesta que «ya que él no se mete a dar lecciones al Pueblo Romano de cómo debe ejercitar su derecho, tampoco se meta el Pueblo Romano a coartarle a él en el suyo... Si César le quiere decir que viene dispuesto a defender a los Galos, sepa que nadie se ha puesto frente a él sino para su mal —*neminem secum sine sua pernicie contendisse*. Cuando quiera, podía salirle al encuentro. Entonces vería de lo que era capaz el valor de los invictos Germanos, tan diestros en las armas, que en catorce años no habían dormido bajo techumbre»²¹.

César manda avanzar. A los pocos días llega a Besanzón. Aquí, mientras se detiene para avituallarse, empiezan los soldados a preguntar a los galos y a los mercaderes qué tales eran los germanos. Estos les empezaron a ponderar lo corpulentos que eran, el valor que tenían y su destreza en las armas, y añadían que las muchas veces que habían querido luchar con ellos, no habían podido aguantar siquiera su vista ni su mirada. *Tantus subito timor omnem exercitum occupavit*, fué tal el temor, escribe el mismo César, que se apoderó de repente de todo el ejército, que llegó a trastornar un tanto la mente y el ánimo de todos. Empezó por los hijos de nobles y ricos que por amistad habían seguido a César desde Roma, y tenían poca experiencia de la guerra. Estos, unos con una razón y otros con otra, la que a ellos les parecía más eficaz para partir, pedían que se

¹⁸ CÉSAR, *De Bello Gallico*, I, 31.

¹⁹ *Ib.*, I, 34.

²⁰ *De Bello Gallico*, I, 35.

²¹ *Ib.*, 36.

les diese licencia de volver; otros, más vergonzosos, para no incurrir en la nota de miedosos, se quedaban. A estos pobres hombres les traicionaba la cara y hasta las lágrimas. Escondidos en las tiendas ya se quejaban de su mala suerte, ya lamentaban con sus íntimos la común desgracia. ¿Qué más? Hasta se pusieron a hacer el testamento. Pero lo grave fué que el miedo y los dichos de éstos empezaron a contagiar poco a poco aun a los que tenían más experiencia de la guerra, soldados y capitanes. Y para no pasar por cobardes, decían que ellos no temían al enemigo, sino a las dificultades del camino, cruzado de selvas, y a los obstáculos para el aprovisionamiento. Algunos hasta llegaron a decir en confianza a César que cuando diese la señal de partir, no la seguirían los soldados ni se pondrían en marcha por miedo»²².

El genio de César triunfó de todos los obstáculos y el Rhin quedó entonces teñido con la sangre de 80.000 germanos. Pero ya podemos decir con Séneca: «¿Qué hay de más enérgico que los germanos? A esos cuerpos vigorosos, a esas almas que no conocen los placeres, el lujo, las riquezas, dadlas un poco más de táctica y disciplina. No digo más sino que no los podréis contener sino volviendo a las virtudes de nuestros padres». *Da rationem, da disciplinam: ut nihil amplius dicam, necesse erit certe nobis mores Romanos repetere*²³.

Su entrenamiento preliminar

La táctica y la disciplina la fueron recibiendo poco a poco en aquellos cinco siglos en que los Emperadores romanos se veían obligados a acudir a los bárbaros o aceptar su servicios como soldados y labradores. Dos casos. «En el reinado de Marco Aurelio (161-180), escribe W. E. Heitland, a la brillante guerra del oriente siguió una terrible plaga, traída por las tropas infectadas, y a la peste el hambre. Luego vinieron incursiones de bárbaros por el Norte y una serie de campañas, de desesperados esfuerzos para rechazar a los invasores y restablecer la frontera. Para levantar ejércitos Marco tenía que alistar aun esclavos y bárbaros como mercenarios...

²² Ib., n. 39.

²³ SÉNECA, *De Ira*, I, 11. Cfr. Budé, Tacite, Germania, Notice, p. 155.

Quedaba todavía el problema de cómo repoblar las tierras devastadas. Dejarlas devastadas era dejar abierta la barrera norte. Marco asentó grandes núcleos germanos y otros bárbaros dentro de la frontera romana: conservarían sus tierras a condición de prestar el servicio militar a Roma. La escala en que esto se llevó a cabo hizo esta medida muy diferente a la admisión y empleo ocasional de los bárbaros por anteriores emperadores. Sin embargo, el mundo «romano» estaba ahora tan debilitado que su abigarrada población no pudo romanizar a los recién venidos»²⁴.

Esto era en el siglo II. En el siglo IV «Atanarico fué sorprendido por los hunos en el Dniester y derrotado, y emigraron entre tanto parte de los godos hacia el Danubio. Pero la flotilla romana les prohibió el paso del río y no había un puente. Los godos pidieron tierras donde pudieran vivir pacíficamente como fieles servidores del emperador. Los funcionarios de las fronteras no se atrevieron a admitir a todo un pueblo, y enviaron a los mensajeros de los godos, entre ellos a Ulfilas —el Moisés de su pueblo— al Emperador, el cual tenía entonces su residencia en Antioquía. Valente, fanático arriano, declaró que admitiría a los godos, si se hicieran arrianos, y Ulfilas, que no comprendía la importancia del asunto, y sólo pensaba en el apuro de sus paisanos que tenían a su espalda a los enemigos, y esperaban la respuesta en la orilla del Danubio, inclinó la cabeza a la necesidad y se hizo arriano, y con esto todos los godos abrazaron el arrianismo. 200.000 hombres capaces de manejar las armas pasaron en la flotilla imperial. La codicia de los gobernadores romanos, que en vez de repartir trigo a los godos exigían precios inauditos por malos víveres, arrastró a los godos a la desesperación. Valente acudió desde Antioquía y el 9 de agosto del 378 dió una batalla en Adrianópolis. Tras larga pelea, los godos rompieron el orden de batalla de las legiones. Valente, atravesado por una saeta, fué llevado a la choza de unos labriegos; los godos la incendiaron y el Emperador fué abrasado. Tracia y Macedonia pertenecieron entonces a los godos y hasta Constantinopla quedaba amenazada.

El apuro de la época exigía un hombre, y Graciano nombró

²⁴ The Legacy of Rome, Oxford, Clarendon, 1924, p. 504-5.

General y corregente al hábil Teodosio. Desde su masía de Cauca en España, corrió a Sirmio, donde fué presentado al ejército como Augusto del Oriente. Tenía 33 años de edad cuando entró en el gobierno. Como un nuevo Fabio Cunctator, hizo entonces la guerra contra los godos desde Adrianópolis, y salvó el Imperio. Atanarico ajustó un tratado con Teodosio, según el cual los godos debían entrar al servicio del Emperador como confederados, recibiendo sueldos y tierras, y debían defender la frontera del Danubio contra los hunos. Atanarico vino en persona a Constantinopla y vió las maravillas de su grandeza y riqueza. A la verdad, exclamó el Emperador de los romanos es un dios en la tierra y el temerario mortal que se atreva a levantar la mano contra él será reo de su propia sangre». Teodosio le honró grandemente y le erigió un espléndido monumento cuando murió en 25 de enero de 381 ²⁵.

El derrumbamiento del Imperio Romano

A medida que los bárbaros iban aprendiendo «táctica y disciplina», los romanos se iban apartando cada vez más «de las virtudes de sus padres»: «La ciudad de los hombres fuertes —escribe el historiador de aquel tiempo Amiano Marcelino— se ha convertido en ciudad de eunucos, de bailarinas y cantores... Entre la gente baja y mediana, unos pasan los días y las noches en las tabernas, otros se retiran a la sombra de tiendas o enramadas jugando y bostezando con vergonzosa holgazanería, y otros desde la mañana hasta la noche se están con lluvias y soles viendo las carreras y juegos del circo, de manera que en toda Roma no se hace ya cosa seria, ni digna de racionales. Es vergüenza el decirlo, pero es innegable que en la capital del imperio no queda más trato ni amistad, sino la del juego, y que desterradas todas las virtudes, el robo, el engaño, la mentira, la lujuria, la deshonestidad y todos los demás vicios han logrado en ella su asiento, ¿Quién podría pensar que llegase a tales escándalos esta ciudad? No parece creíble, pero es una cosa cierta que la corrupción de las costumbres ha llegado a tal punto, que ahora el mal es incurable...» ²⁶.

²⁵ WEISS, *Historia Universal*, vol, IV, págs. 286-8.

²⁶ AMIANO MARCELINO.

No cabe duda que había llegado el momento previsto por Séneca. El dique del Imperio, cuarteado, no podía ya resistir la presión de la enorme masa bárbara remansada al otro lado de las fronteras durante varios siglos. El muro cedió, y la enorme represa inundó a Europa.

«Lo que padeció la Humanidad en aquellas guerras bárbaras que duraron más de un siglo es fácil de presumir, pero difícil de describir. Los lamentos de millones y millones de personas fueron sofocados en sangre; comarcas fértiles quedaron desiertas, las ciudades fueron incendiadas con sus moradores; donde en otro tiempo reinaba una vida activa y alegre, se produjeron sobre las cenizas, matorrales y bosques. Sólo pocas voces de aquel tiempo terrible han llegado a nuestros oídos, pero resuenan bastante dolorosamente e indican todavía mucho más»²⁷.

Oigamos la voz de S. Isidoro hablando de España: «El año 408 los vándalos, alanos y suevos invaden las Españas y siembran la muerte y la devastación con sus sangrientas incursiones, incendiando las ciudades y robando y saqueando cuanto existe, *ita ut humanae carnes vi famis devorarentur a populis*, hasta llegar la gente por el hambre a comer carne humana. Comían las madres a sus hijos, y las bestias acostumbradas también a los cadáveres de los que habían muerto por la espada, el hambre y la peste, se lanzaban también a matar a los hombres, de modo que desencadenándose las cuatro plagas por toda España, se cumplían las predicciones hechas de antiguo por los profetas sobre la ira de Dios. El año 411, *post plagarum diram perniciem, quibus Hispania caesa est*, después de la terrible destrucción de las plagas con que España fué castigada, se vuelven por la misericordia de Dios los bárbaros a caminos de paz, y se reparten por suertes la posesión de las provincias. Los españoles de las ciudades y villas que quedaban, afligidos por las calamidades, se someten a la servidumbre de los bárbaros dominadores»²⁸.

S. Isidoro hubiera firmado las palabras con que el cronista de la traslación de sus restos a León describía los días que siguieron a las ruinas de la invasión sarracena: «Desde aquel tiempo empezó de

²⁷ WEISS, *Historia Universal* IV, p. 419.

²⁸ *Historia Gothorum*, 72, 73.—S. Isidori Hispaniarum Doctoris Opera Omnia recensente Faustino Arévalo, Romae, M.D.CCCIII, tomo VII, p. 130-1.

nuevo a retoñar poco a poco la gloria y el reino de la raza hispana «*velnt virgultum ex rediviva radice*», como tallo, brote de renacida raíz, y con la industria de los reyes, a crecer de día en día. Porque fueron famosos en las armas y el valor, ilustres por su consejo, célebres por su misericordia y su justicia, amantes de la religión, que renovaron los antiguos episcopados, fundaron basílicas, enriqueciéndolas con tesoros y adornándolas con oro, piedras preciosas y libros, y extendieron según sus fuerzas la gloria del nombre cristiano»²⁹.

Esto que se escribió de los reyes cristianos de la reconquista, se puede en cierta manera aplicar a los reyes godos a partir de Recaredo, «en cuyo tiempo, son palabras de S. Isidoro, floreció en las Españas el Obispo Leandro; su hermano— por la doctrina de la fe y de la ciencia— *ad gentis gothorum conversionem*», para la conversión de la nación goda: porque por iniciativa del religiosísimo príncipe Recaredo, los mismos godos se convierten también a la fe católica»³⁰. «El año 586, vuelve a repetir en la «Historia de los Godos», muerto Leovigildo, es coronado su hijo Recaredo, inclinado a las cosas de la religión. En los mismos comienzos de su reinado, abraza la fe católica y con eso «*totius gothicae gentis populos*», a todos los pueblos de raza goda, limpiándolos de la mancha del antiguo error, los trae al culto de la fe verdadera»³¹.

Los Godos, sucesores de Roma.

Porque los godos fueron los principales herederos, entre todos los bárbaros, del Imperio de Roma.

San Isidoro, que vivió bajo su mando, escribió su historia. «*Gentem antiquissimam*, pueblo muy antiguo, *gens fortissima*, pueblo muy fuerte, «*et re vera, nulla enim gens in orbe fuit, quae romanum imperium adeo fatigaverit, ut hi*», y en verdad que lo son, porque ningún otro pueblo del orbe dió más que hacer al imperio romano que éste. Estos son los que Alejandro dijo que había que

²⁹ S. Isidorus Opera Omnia, t. I, p. 41.

³⁰ Ib. Chronicon, 118; t. VII, p. 104.

³¹ *Historia Gothorum*, 52, Opera Omnia; t. VII, p. 124.

evitar, los que temió Pirro, los que horrorizaban a César»³². Son los antiguos getas e escitas.

«Habitaban las glaciales montañas del Septentrión cerca de los reinos escitas, poseyendo las escarpadas montañas con otros pueblos, cuando se vieron expulsados de sus tierras por el empuje de los hunos, y pasando el Danubio se entregaron a los romanos. Pero no pudiendo aguantar sus atropellos, indignados se eligen un rey de los suyos, invaden la Tracia, devastan la Italia, sitian y toman Roma, atacan las Galias, y abriéndose paso por los montes Pireneos *Hispanias usque perveniunt*, llegan hasta España y en ella asientan su morada y su imperio.

Pueblo emprendedor, constante, de ingenio vivo, respetador de las leyes morales, robustos y altos, de nobles modales y noble figura, activos, duros para las heridas, como ya lo cantó el poeta: «*Mortem contemnunt laudato vulnere Getae*», los Getas desprecian la muerte y alaban las heridas. Fueron tan grandiosas sus guerras y tan gloriosas sus victorias, que la misma Roma vencedora de todos los pueblos, sujeta, uncida al yugo de la cautividad, vino a sumarse a los triunfos godos, y señora de todas las naciones, los sirvió como criada. «*Roma ipsa, victrix omnium populorum, subacta captivitatis iugo, geticis triumphis accederet, et domina cunctarum gentium illis, ut famula, deserviret*.

«Estos hicieron temblar a todos los pueblos de Europa, ante ellos cedieron las barreras de los Alpes. Y a los mismos Vándalos, bárbaros también famosos, no diré que los espantó su presencia, sino que los ahuyentó su fama. Los alanos fueron exterminados por el vigor de los godos, y también los suevos, reducidos hasta entonces a unos rincones inaccesibles de España, vieron llegar también su fin por las armas de los godos... Lo único que les faltaba eran escuadras, pero después que el rey Sisebuto empuñó por la gracia de Dios las riendas del reino, han llegado a tal prosperidad, que no sólo por tierra, sino por mar mismo dominan con sus armas, y les sirve sujeto el soldado romano, cuando ve que los sirven tantos pueblos y hasta la misma España, «*subactusque serviat illis romanus miles, quibus servire tot gentes, et ipsam Hispaniam videt*»³³.

³² Ib. p. 109.

³³ Ib. págs. 129-30.

Romanización de los Godos

Una anécdota refleja el proceso de romanización que se inició entre los godos. Los godos llegaron a la Galia Narbonense por la época de la vendimia, en el año 412; poco después Ataulfo tomó por esposa a Placidia, hija del Emperador Teodosio y hermana de Honorio, emperador de occidente, y sus bodas se celebraron según las costumbres romanas.

«Las bodas se verificaron en Narbona, dice Olympiodoro, en enero del 413, en la casa de Ingenuo, uno de los más notables ciudadanos. Allí, en el extremo de un pórtico decorado al efecto, según la usanza romana, hallábase sentada Placidia, con todo el lujo de una reina, y junto a ella Ataulfo, cubierto de la toga, y vestido completamente a la romana. Entre los presentes que ofreció a Placidia, sobresalía el de cincuenta pajes, con trajes de seda y llevando un disco en cada mano, lleno el uno de monedas de oro, y el otro de piedras preciosas de inestimable valor, procedentes del saco de Roma por los Godos. El epitalamio entonado por Atalo, antiguo Emperador, fué cantado por Rustacio y Phaebadio, y la fiesta terminó con juegos que embelesaron igualmente a los bárbaros y a los Romanos».

«Acuérdame de haber oído en Belén al bienaventurado Jerónimo, dice Paulo Orosio, referir cómo había conocido a cierto habitante de Narbona elevado a muy altas funciones en tiempos del emperador Teodosio, y además muy religioso y sabio, que había gozado en la ciudad natal de la familiaridad de Ataulfo. Este sujeto repetía con frecuencia que el rey de los Godos, hombre de gran corazón y de despejado entendimiento, decía que su más ardiente ambición había sido destruir el nombre romano, y constituir en toda la extensión del territorio de Roma un nuevo imperio gótico, de modo que todo lo que era el imperio romano fuese Gotia, soñando para sí con el papel de un nuevo César Augusto, pero que después de haberle convencido la experiencia de que los Godos eran incapaces de obedecer las leyes, a causa de su barbarie indisciplinable, y considerando que sin leyes no puede subsistir la república, había resuelto hacer su nombre glorioso consagrando las fuerzas de los Godos a restablece en su integridad y aun a aumentar el poderío y esplendor del nombre romano, a fin de que la posteridad

le aclamase al menos como restaurador del imperio al cual no podía reemplazar. Con semejantes miras, se abstenía de la guerra y procuraba conservar la paz»³⁴.

Teodorico el monarca tipo de la romanización

Tipo de esta romanización de los godos es el gran monarca Teodorico, que gobernó 33 años hacia el año 500. «Sabes cuánto te recomiendo tu actitud franca y noble—escribía al Conde de Nórica, Coloseo—. El único camino para complacernos es la imitación de los nuestros. Conserva firmemente la justicia. Ampara enérgicamente con las armas a los desamparados, para que entre los pueblos que tienen depravadas costumbres, hagas resplandecer la justicia de los godos, los cuales siempre han alcanzado este perfecto elogio porque conservaban la prudencia de los romanos y mostraban la valentía de los germanos. Cosecharás toda la mies de nuestra gratitud si estableces la vida civil»³⁵.

Y al emperador de Oriente hablaba en estos términos: «Yo que con el divino auxilio aprendí en vuestra república cómo gobernar con justicia a los Romanos, he hecho de nuestro reino una imitación del vuestro, que es modelo y ejemplar del verdadero imperio, y cuanto os seguimos a vosotros, tanto nos adelantamos a las otras naciones. No creo que toleraréis que entre ambas repúblicas, que dicen formaron siempre un cuerpo bajo los antiguos príncipes, quede nada de discordia. *Romani regni unum velle, una semper opinio sit*, cese la división entre ambos imperios romanos, y que una voluntad igual, un pensamiento idéntico los gobierne»³⁶.

De él escribía su sucesor Atalarico: «Cuando le dejaban libre los cuidados públicos, les pedía a sus domésticos que le dijese las sentencias de los sabios, para equiparar sus hechos con los antiguos. El curso de las estrellas, las dimensiones de los mares, las maravillas de los ríos y las fuentes, todo lo preguntaba este curiosísimo investigador, de modo que conociendo al detalle la naturaleza de

³⁴ OROSIO, VII, 43.

³⁵ CASIODORO, Var. III, 23.

³⁶ Ib. Var. I, 1.

las cosas, parecía ser un filósofo con borla, «*quidam purpuratas videretur esse philosophus*»³⁷.

De la Edad Antigua a la Edad Media. Boecio

«Los años comprendidos por el reinado de Teodorico —escribe Sandys— que van desde el 493 al 526, pueden considerarse como el período de transición entre la Edad Antigua y la Edad Media. Dos grandes nombres representan la cultura en Occidente: Boecio y Casiodoro»³⁸.

Boecio, noble romano y discípulo de Atenas, «como si hubiera tenido un presentimiento del destino de la literatura griega»³⁹ trajo al latín muchas obras griegas. Conservamos una carta del rey Teodorico a Boecio, donde nos refleja el rey godo con un candor de catecúmeno la admiración que sentía por la personalidad científica de Boecio.

«El Rey de los Borgoñones —le dice— me ha pedido con mucho empeño que le mande con sus legados un reloj de agua y otro de sol. ¡Qué gozo se llevarán cuando lo reciban, con esto que para nosotros es ordinario, pero que a ellos les parecerá un milagro! Razón tienen para desear ver lo que sólo por lo que les han escrito los legados, los tiene ya pasmados. Sabemos que tú, con tu mucha ciencia, conoces estas artes perfectamente; pues lo que otros ejecutan de ordinario sólo por práctica, tú lo has aprendido en la misma fuente del saber *in ipso disciplinarum fonte potaveris*. Pues fuiste al extranjero y asististe a las clases de Atenas y te sentaste con tu toga romana entre coros de paliados griegos logrando convertir el saber de los griegos en cultura romana, *ut Graecorum dogmata doctrinam feceris esse Romanam*. Allí aprendiste las Artes Especulativas con sus distinciones y las Artes Prácticas con sus divisiones, para traer a los senadores de Rómulo lo que los descendientes de Cécrops enseñaron al mundo de notable.

«Pues gracias a tus traducciones se leen como italianos Pitágoras el músico y Ptolomeo el Astrónomo; Nicómaco el Aritmético y

³⁷ VARIAR. IX, 24.

³⁸ SANDYS, *History of Classical Scholarship*, I, 353.

³⁹ WEISS, IV, p. 367.

Euclides el Geómetra; Platón el Teólogo y Aristóteles el Lógico. Hasta el Mecánico Arquímedes habla ya en latín a sus compatriotas de Sicilia. Cuantas disciplinas y artes produjo la fecunda Grecia por distintos hombres, sólo por tí los recibió Roma en su propia lengua. Como sé que has estudiado todo esto con diligencia, te encargo me mandes cuanto antes los dichos relojes, para que te des a conocer en aquellas partes del mundo, a donde no podrías llegar de otra manera. Conozcan por tí las demás naciones qué clase de nobles tenemos en Roma. ¡Cuántas veces no creerán lo que van a ver! ¡Cuántas veces les parecerá que están viendo sueños e ilusiones al ver la realidad! Y cuando ya hayan salido de su asombro, no se atreverán a decirse iguales a nosotros, donde saben que hay sabios capaces de idear tales cosas»⁴⁰.

Casiodoro

Si la mirada de Boecio va hacia atrás al declinar el viejo mundo clásico, la de Casiodoro mira hacia delante, a la aurora de la Edad Media Cristiana. Pero «los dos hermanos gemelos», como con frase feliz se los ha llamado, salvaron igualmente, aunque de distinta manera, la tradición cultural de un gran pasado de ser sepultada por las tormentas del barbarismo. Casiodoro, secretario y confidente por más 30 años de cuatro reyes godos, «*nostrae linguae vocem*»,⁴¹ voz de Teodorico, Atalarico, Teodato y Vitiges, senador como Boecio, cónsul como Boecio, Patricio como Boecio, ese Ministro de Justicia, «*qui nostra fecisti eximie tempora praedicari,*» que hiciste que nuestros tiempos estén siendo tan alabados...» —la frase es de Teodorico—,⁴² «*qui primordia Regni nostri et armis iuvit et litteris,* que ayudaste los comienzos de mi reinado con las armas y con las letras» —la frase es de Atalarico—,⁴³ está situado en medio de dos mundos, el Romano y el Teutónico, el antiguo y el moderno. Aun la palabra «*modernus*» es Casiodoro quien primero la usa con

⁴⁰ *Cassiodori Variarum*, l. I, 45.

⁴¹ Formula Quaesturae, *Variar.* l. IV, form. 5.

⁴² *Variar.* l. III, ep. 28.

⁴³ *Variar.* l. IX, ep. 25.

frecuencia. Como Boecio —que siendo cónsul escribía: «Aunque las ocupaciones del cargo de cónsul me impiden el dedicar todo el tiempo y todo el trabajo a estos estudios, sin embargo me parece que interesa también al buen gobierno de la república el instruir a los ciudadanos»⁴⁴—. Casiodoro aprovecha también su alta posición para transmitir a su siglo la cultura del pasado.

Primero instruyendo a los mismos monarcas godos. A él era a quien preguntaba Teodorico sus dudas y curiosidades científicas. Así lo testimonia su mismo sucesor Atalarico: «Cuando le dejaban libre los cuidados del gobierno, te preguntaba a tí las sentencias de los sabios, para emular con sus hechos a los antiguos,⁴⁵ *«ut factis propriis aemularet Antiquis»*.

Segundo, impulsando a los mismos monarcas a favorecer los estudios. Baste para muestra la siguiente carta dirigida por el Rey Atalarico al Senado Romano y redactada por el mismo Casiodoro como secretario. Dice así:

Al Senado de la Ciudad de Roma
Atalarico el Rey

«Las causas de los hijos con razón se encargan a los padres, pues es justo que se preocupen por su aprovechamiento» *quorum interest studia Romana proficere,*» los que están interesados en el adelantamiento de los estudios Romanos. Porque no se puede creer que os interese poco lo que tanto contribuye al ornamento de vuestros hijos, y a la formación del pueblo con la solícita aplicación. Pero poco ha, con la solicitud que tenemos por vuestras cosas, nos hemos enterado por los dichos de algunos de que los profesores de elocuencia romana no reciben el premio debido por sus trabajos, y que por los manejos de algunos parece que se les disminuye a los profesores de las escuelas la suma prefijada. Por eso, siendo cosa averiguada que las artes se fomentan con el premio —*«cum manifestum sit praemium artes nutrire»*— creemos un delito el quitarles nada a los maestros de los jóvenes, cuando más bien se los debía

⁴⁴ Comm. in Art. Categ. II (Migne, IXIV, 201).

⁴⁵ Variar, l. IX, ep. 24.

estimular a los gloriosos estudios acrecentando sus mejoras — *«qui sunt potius ad gloriosa studia per commodarum augmenta provocandi»*.

«Porque la primera escuela de los Gramáticos es hermosísimo fundamento de las letras, madre de gloriosa facundia.. Es la gramática maestra de la palabra, ornamento del género humano, que con el ejercicio de la hermosísima lectura de los Antiguos nos ayuda como es sabido con sus consejos. Esta no la conocen los Reyes bárbaros: es atributo que sólo acompaña a los señores civilizados. Porque las armas las tienen también las otras gentes, la elocuencia es lo único que sólo poseen los Señores de Roma...

Por eso si se emplea nuestro dinero en pagar representaciones y juegos escénicos para entretenimiento del pueblo, y se pone tanto empeño en cosas que no son tan necesarias, ¡cuánto más se les debe dar sin dilaciones a aquellos que enseñan las buenas costumbres y forman ingenios fecundos para nuestro Palacio! — *«per quos et honesti mores proveniunt, et Palatio nostro facundas nutriuntur ingenia*. Esto queremos, venerable senado, que hagáis saber a los actuales profesores de letras, para que así como saben que nos preocupamos por su bienestar, así sepan también que les hemos de exigir más el adelantamiento de sus discípulos. Cese ahora aquella queja frecuente en las sátiras sobre maestros: que no debe un ingenio ocuparse en dos cosas distintas. He aquí que ya tienen una posición desahogada. Por eso ahora, dedicados continuamente a una cosa, entrégense debidamente con todo el ardor de su ánimo al estudio de las buenas artes — *toto vigore animi ad bonarum artium studium transferantur»* ⁴⁶.

Tercero, este Casiodoro que en frase de Atalarico «él solo le bastaba para todo — *erat solus ad universa sufficiens»* — ⁴⁷ fué también quien intuyendo la futura misión cultural de la Iglesia en los nuevos tiempos, sugirió al Papa Agapito la idea de fundar en Roma una Escuela Superior o Universidad Católica a la manera de Alejandría o de Nísibis.

El Papa escogió ya un local en el Monte Celio donde instaló

⁴⁶ Cassiodori Variarum, l. IX, ep. 21.

⁴⁷ IX, 25.

una biblioteca — «*codicibus pulchrum condidit arte locum*» — como dice un verso leído por un peregrino alemán en el siglo nono, «fundó con arte un sitio hermoso para códices», pero las perturbaciones que sobrevinieron impidieron madurar la obra.

El Monasterio cultural de Casiodoro

Pero Casiodoro no se desalentó. Tomó él mismo la empresa por su cuenta, y renunciando al mundo se retiró a las soledades de su tierra en las costas del Abruzo, donde antaño siendo gobernador había construído magníficos Viveros de peces, —*Vivaria*— para levantar en tan poético escenario el Monasterio de la cultura que llevará el nombre de *Monasterium Vivariense*. Él mismo nos revela la génesis de su plan: «Viendo que los estudios de las letras profanas se cultivaban con grande empeño, tanto que gran parte de los hombres creían alcanzar por ellas la prudencia del siglo, confieso que fué muy grande mi dolor, por ver que faltaban maestros públicos de las divinas escrituras, cuando los autores profanos contaban con tan nutrida representación.

«Trabajé pues con el beatísimo Papa Agapito de la Ciudad de Roma, para que así como se hace desde mucho tiempo en Alejandría, y ahora también en Nísibis, ciudad de Siria, por los hebreos, trabajé, repito, para que con donativos de los cristianos se abriesen en Roma sobre todo Facultades Cristianas con profesores eminentes, donde al mismo tiempo que las almas aprendían el camino de la salvación eterna, la lengua de los cristianos se adornase con un casto y purísimo decir.

Pero como por las guerras que se desencadenaron y las demasiadas turbulencias y luchas del reino de Italia, no fué posible realizarse mi plan, ya que no caben cosas de paz en tiempos perturbados, me siento impulsado por la divina caridad a hacer como de maestro vuestro y componeros con la gracia de Dios estos libros de introducción, con los cuales (como creo) se os abra la serie de las divinas escrituras y se os dé una idea siquiera succinta de las letras profanas. Tal vez no tan elegantes, porque en ellas no se busca el estilo, sino la exposición necesaria de los datos. Pero grande es la utilidad, cuando con ellos se aprende la salvación del alma y la

erudición del siglo. En ellos no recomiendo doctrina propia, sino dichos de los antiguos, que es justo a sus sucesores alabar y glorioso el enseñar. Ya que cuanto se dice de los antiguos a gloria de Dios, no se tiene por odiosa jactancia. Añádase que el maestro, si se le pregunta muchas veces, se enfada, mientras estos, ya puedes volver cuantas veces quieras, que no morderán con ninguna aspreza»⁴⁸.

Aquí se perfilan ya todos los rasgos de la nueva fisonomía de Casiodoro, el culto Abad del Monasterio Vivariense.

Ante todo, armonía entre las ciencias sagradas y las ciencias profanas: aquéllas como coronamiento de la formación, éstas como base. «Esta unión de la ciencia sagrada y de la ciencia profana —dice Boissier— para formar una enseñanza completa y verdaderamente cristiana, era una novedad»⁴⁹.

Esta amplitud de miras y grandiosidad de plan nos la expone todavía más claro él mismo en el capítulo 27 de su obra sobre «La Formación en las Divinas Letras».

«Hemos creído advertir otra cosa. Que ya que tanto en las sagradas letras como en los doctísimos expositores podemos entender muchas cosas por figuras, por definiciones, por arte gramatical, por arte retórica, por dialéctica, por conocimientos aritméticos, por música, por geometría y por astronomía, no está fuera de su sitio el proponer brevemente en el libro siguiente las enseñanzas de los maestros seculares, a saber, las artes y las disciplinas liberales con sus divisiones. De modo que los que ya las han aprendido las recuerden brevemente, y los que tal vez no las pudieron leer ampliamente, las conozcan siquiera en compendio. *Est enim rerum istarum procul dubio (sicut et Patribus nostris visum est) utilis et non refugienda cognitio*, porque no hay duda (y así les pareció también a nuestros Padres) que el conocimiento de estas cosas es útil y que no se debe rehuir, ya que las encuentras difundidas en las sagradas letras como en fuente y origen de la sabiduría general y perfecta. Por eso al reconocerla y saberla traducir allí, se ayuda vuestro sentido de todos modos para la inteligencia.

⁴⁸ *De Institutione Divinarum Litterarum*, Praefatio.

⁴⁹ BOISSIER, *El Fin del Paganismo*, traducido por Pedro González Blanco, Madrid, 1908. Tomo I, p. 223.

«Sea pues el trabajo de los antiguos nuestra obra; para que lo que ellos publicaron ampliamente en muchos volúmenes, lo pongamos nosotros reunido con toda brevedad (como ya se ha dicho) en un segundo volumen. Y lo que ellos derivaron hacia usos fraudulentos, nosotros lo volvamos con loable devoción al servicio de la verdad. Para que lo que se sacó de su puesto furtivamente, vuelva honrosamente otra vez a servir de instrumento a la clara inteligencia. Obra ciertamente (a lo que pienso) necesaria, pero considerada su dificultad, muy ardua, querer reunir en dos libros las fuentes abundantísimas de las letras divinas y humanas»⁵⁰.

Hemos oído el segundo rasgo de la fisonomía del nuevo Abad: el de transmisor de la cultura del antiguo mundo al mundo nuevo que va a nacer. Para ésto, como si tuviera intuición de lo que va a pasar, recoge libros, traduce obras, resume volúmenes, compendia textos, organiza en fin su convento como una colmena literaria, tipo del convento cultural de la Edad Media, donde como en otra arca de Noé se salvará la cultura del mundo del general naufragio.

No le preguntemos el por qué de su empeño, porque nos responderá con las palabras con que alude en su *Historia Tripartita* a la famosa prohibición de Juliano el Apóstata: «*Quamobrem arbitratus hinc armari christianos, prohibuit eos Graecorum doctrinis imbui*. Por eso viendo Juliano que aquí se armaban los cristianos, les prohibió formarse en la cultura griega»⁵¹. O lo que dice en su texto-resumen de las Artes Liberales: «Estas artes, mientras las revolvemos con el frecuente estudio y meditación, *sensum nostrum acuunt*, aguzan nuestro sentido, *limumque ignorantiae detergunt* y nos limpian el poso de la ignorancia, *et ad illam inspectivam contemplationem, si tamen sanitas mentis arrideat, Domino largiente, perducunt*, y nos llevan, con la gracia de Dios a aquella contemplación especulativa, siempre que asista un entendimiento suficientemente despier-to... *Quas merito sancti Patres nostri legendas studiosissimis persuadent*, con razón los Santos Padres aconsejan a los estudiosos su lectura, porque por ellas en gran parte se abstrae nuestro apetito de

⁵⁰ CASSIODORUS, *De Institutione Divinarum Litterarum*, c. 27.

⁵¹ *Historiae Ecclesiasticae Tripartitae*, l. VI, c. 44.

las cosas carnales, y nos hacen desear lo que, Dios queriendo, sólo podemos ver con el corazón»⁵².

S. Isidoro de Sevilla

Al nombre de los «dos «gemelos» hay que añadir el de S. Isidoro de Sevilla. «Boecio, Casiodoro y S. Isidoro fueron designados como los tres maestros del Occidente». San Isidoro hizo sus estudios en Sevilla bajo la dirección de su hermano S. Leandro. Al principio se le hizo dificultoso aprender, y temiendo el castigo, el muchacho huyó cierto día de la escuela y anduvo mucho tiempo errante, hasta que al fin se sentó cansado junto a un pozo. Notó la incisión que en la piedra del brocal había hecho la sogá de esparto del pozo, y pensó que si la piedra dura se dejaba cortar por la sogá a fuerza de roce, también su diligencia podría vencer la dificultad de los estudios; con lo cual volvió animado a la escuela. Por su incansable aplicación no sólo se hizo dueño del latín, sino del griego y el hebreo y de la literatura, y por su maravillosa lectura se hizo maestro de toda la Edad Media. Por sus *Origenes sive Etymologiae* se le llama el último erudito de la Antigüedad y el primero que supo conciliar el Cristianismo con la Literatura Clásica. Los *Origenes* son una manera de Enciclopedia en XX libros: tratan de la gramática, la retórica, las matemáticas, música, astronomía, geometría, medicina, jurisprudencia, historia, geología, historia natural, navegación, arquitectura y artes, y fueron el libro de texto de toda la Edad Media»⁵³.

San Braulio, obispo de Zaragoza, le llamaba «otro Varrón», y algunos «el Plinio Cristiano». «Aunque —como dice su editor el P. Arévalo— es mucho más erudito que Plinio. S. Isidoro no dejó tema por tratar: abordó todos los conocimientos: lo mismo escribió de las ciencias humanas que de las divinas; conocía los autores antiguos lo mismo profanos que sagrados, y los extractó para su uso; y no contento con abarcar en su obra etimológica una enciclopedia

⁵² CASSIODORI, *De Artibus ac Disciplinis Liberalium Litterarum*, Cap. III, De Mathematica.

⁵³ WEISS, *Historia Universal*, IV, p. 409.

del saber, escribió en particular muchas cosas sobre la interpretación de las Sagradas Escrituras, sobre todos los otros campos de la teología, sobre la filosofía, sobre la astronomía, sobre literatura, cronología e historia»⁵⁴.

Fijémonos en las *Etimologías*, que es el gran arsenal de la ciencia de la antigüedad, «para aquellos tiempos, en frase de Cayetano, verdadero «milagro» del saber»⁵⁵. y en frase del P. Arévalo «verdadero portento sobre todo en la literatura profana «*ut admirationem quoque nostris temporibus ingerat*, que hasta en nuestros tiempos causa admiración»⁵⁶.

Pero lo más interesante para nosotros son las circunstancias con que escribió ese libro.

Su discípulo S. Ildefonso de Toledo, nos da este detalle conmovedor: «Escribió también a lo último, a petición de Braulio, Obispo de Zaragoza, el libro de las *Etimologías*, y después de trabajar muchos años por acabarle, terminó su vida en este trabajo. Llevaba casi 40 años de Arzobispo cuando murió. Era el estupor de los que le oían»⁵⁷.

S. Braulio, también discípulo suyo, nos concreta un poco más. «Compuso una obra inmensa, la obra de las *Etimologías*, dividida por él en capítulos, pero no en libros: mas como la había hecho a ruegos míos, aunque la dejó imperfecta, yo la dividí en veinte libros. Esta obra abarca todo el campo del saber, y quien le lea y estudie con frecuencia, no será seguramente ignorante por sus conocimientos de las cosas divinas y humanas. Allí rebosa la elegancia de las diversas artes, donde recogió resumido casi todo cuanto debe saberse. Quedan muchas otras obras de este varón, conceptuadas en gran estima en la Iglesia de Dios. Dios suscitó a Isidoro, después de tantas pérdidas de España —*post tot defectus Hispaniae*— en estos últimos tiempos, para restaurar según creo los monumentos de los antiguos —*credo ad restauranda antiquorum monumenta*— para que no nos encanijásemos completamente en la rustici-

⁵⁴ *S. Isidori Hispalensis Opera Omnia recensente* FAUSTINO ARÉVALO, Romae, MDCLXCVII, tomo I, p. 2.

⁵⁵ *Ib.*, p. 12.

⁵⁶ *Ib.*, p. 126.

⁵⁷ *Ib.* p. 24.

dad —*ne usquequaque rusticitate veterasceremus*. Para esto nos le mandó Dios como un ser providencial. *Quem Deus quasi quandam apposuit destinam*»⁵⁸.

Así prendió el injerto

S. Isidoro escribía casi un siglo después de Boecio y Casiodoro. Región y época que tales hombres produce, no puede considerarse infeliz. Y si esto es aplicable a otros pueblos de entonces, lo es especialmente a España. Weiss escribe que «los visigodos eran los menos bárbaros de todas las tribus germánicas, y se mostraron los más susceptibles de recibir la cultura romana»⁵⁹. Y el P. Villada, «que aquella época consiguió sostener el nivel intelectual de España por encima del de otras naciones»⁶⁰. Ya lo había dicho Orosio a raíz de las invasiones para consolar a los afligidos españoles: «Vuestros padres maldijeron el día sangriento en que se hicieron romanos, y lo bendecís hoy. ¿Quién sabe si estos grandes desastres, que os hacen llorar ahora, no serán para vuestros hijos la aurora de un tiempo más feliz?»⁶¹

Dos siglos más tarde le daba la razón S. Isidoro con este «Himno a España». «*Elogium in Laudem Hispaniae*» con que encabeza la *Historia de los Godos*;

«¡Oh la más hermosa de todas las tierras, de cuantas se extienden desde el Occidente hasta la India, la bendita, la siempre feliz, la madre de príncipes y de pueblos, España! Con razón eres tú ahora la reina de todas las naciones: que no sólo el Occidente sino también el Oriente recibe de tí su luz. Tú, honra y ornamento del orbe, porción la más ilustre de la tierra: donde disfruta tanto, donde tanto florece la gloriosa fecundidad del pueblo godo.

Bien te dotó generosa la naturaleza con la abundancia de toda clase de frutos. Rica en frutales, abundante en uvas, alegre en mieses, con vestido de espigas, sombra de olivos y techo de parras. Tú la florecida en los campos, la frondosa en los montes, la abundante

⁵⁸ Ib. p. 9.

⁵⁹ *Hist. Univ.* IV, p. 404.

⁶⁰ *Hist. Eclesiástica de España*, Madrid, 1933, tomo II, 2.^a Parte, p. 179.

⁶¹ *Historiae*, l. V, comienzo.

de pesca en las costas. Tú, situada en la región más agradable del mundo, no te tuestas con el ardor del sol estival, ni te hielas con el rigor del invierno, sino que rodeada por un ambiente templado, te crías entre blandos céfiros. Cuanto hay de fecundo en los campos, de precioso en los metales, de hermoso y útil en los animales, todo lo produces tú.

«Ni quedan tus ríos atrás de los que tanto acredita la fama de sus vistosos rebaños. Ante tí cede el Alfeo en caballos, y el Clitumno en ganado: aunque saque el sagrado Alfeo sus voladoras cuadrigas de palmas olímpicas, y aunque antaño inmolasen el Clitumno sus grandes novillos como víctimas del Capitolio. Tú abundante en pastos no echas de menos los bosques de Etruria, llena de palmas no admiras los montes de Molorco, y con tus veloces corceles no tienes que envidiar las carrozas eleas. Tu, la fecundada por las aguas de tus ríos, la dorada con tus torrentes auríferos. Tú, la tierra de los alazanes. Tus vellones teñidos con púrpura española parecen encendidos con púrpura de Tiro.

«Eres rica en hombres y en piedras preciosas, en purpurados, en gobernantes, en dotes imperiales: tan opulenta en la educación de los príncipes como bienaventurada en producirlos. Con razón pues puso ya antaño sus ojos en tí la dorada Roma cabeza del mundo, y aunque el valor romano entonces vencedor se desposó contigo, luego el floreciente pueblo de los godos tras múltiples victorias por el mundo te arrebató y te amó, y goza hasta hoy entre las regias ínfulas y abundantes riquezas de un imperio próspero y seguro»⁶².

¿Cuánto tiempo duraría este Imperio?

S. Isidoro no lo sabía. Al morir a los 76 años sólo podía decir: «*Residuum soli Deo est cognitum*, lo que queda sólo de Dios es conocido»⁶³.

Lo que sí sabía es que la cultura romana no había muerto con los godos, sino que el ingerto clásico había prendido en tronco bárbaro.

ENRIQUE BASABE, S. I.

⁶² Ib. t. VII, p. 107-8.

⁶³ Ib. t. III, p. 239.